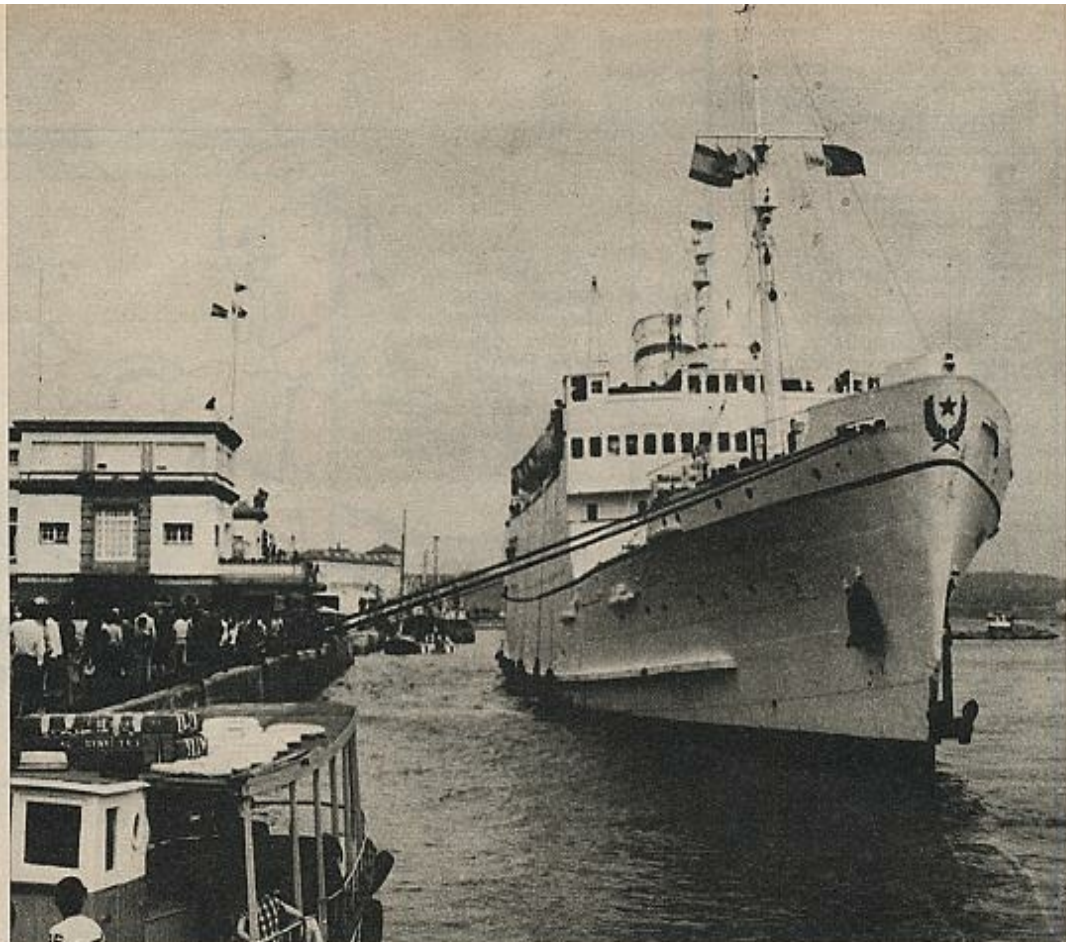


EN los últimos meses, las acusaciones contra la CIA se han sucedido en cadena tanto desde el interior como desde el exterior de los Estados Unidos. Desde 1972, año en que la USIA (Agencia de Información de los Estados Unidos, branca de la CIA dependiente del Departamento de Estado) fue objeto de una serie de ataques por parte de algunos miembros del Senado norteamericano y sectores liberales de la información, hasta la doble Comisión (una presidencial y otra privada) formada recientemente para investigar ciertas "irregularidades" en el funcionamiento de la CIA, las operaciones clandestinas de la Central Intelligence Agency están siendo debatidas públicamente. A todo ello han contribuido en buena parte las revelaciones de la prensa norteamericana — "New York Times" y "Washington Post", tribunas del "establishment" liberal, especialmente— y los documentos más o menos objetivos de una serie de "agentes liberados", llámense Daniel Ellsberg, Patrick McGarvey, Tom Braden, Philip Agee, John D. Marks o Victor Marchetti.

Hay que constatar, no obstante, que ese "lavado de conciencia" de la Central americana tiene su razón de ser — y con ella sus propias garantías— a partir de una reducción y un desplazamiento de su verdadera materialidad. Reducción por cuanto el debate investigador se concentra en la lucha por la consecución de los derechos civiles, eticidad que sustituye a toda puesta en cuestión de la CIA como poder multinacional ligado a firmas monopolistas y con total dependencia hacia el Departamento de Estado. La labor de muchos liberales americanos —demócratas y republicanos, generalmente reaccionarios y anticomunistas— abunda en esa reducción del problema a un simple criterio de moralidad cívica. Desplazamiento, en fin, por cuanto en el debate sobre las operaciones clandestinas de la CIA es preciso distinguir entre los servicios operacionales, en los cuales cae toda la investigación en tanto que prueba más evidente de la brutalidad al servicio del poder, y los servicios de información (espionaje y análisis de informaciones), que, en principio, nadie pone en duda ni contesta.

Y, sin embargo, es de todos conocido que la recogida de información a gran escala se ha convertido en la fuente de espionaje más importante para la primera nación fiscalizadora del Universo. Los avanzadísimos sistemas técnicos de espionaje se han convertido a partir de los años 60 en la fuente de información secreta más importante de los Estados Unidos. Los aviones EC-121 y SR-71, que sustituyen



Aunque todavía ningún ex agente de la CIA, ni siquiera Marks y Marchetti, haya podido concretar que el "Apolo" sea un barco de superficie al servicio del espionaje secreto, no parece simple casualidad el que hasta el momento los Gobiernos de Londres, París y Lisboa hayan prohibido el acceso del navío a sus muelles.

¿DONDE ESTA EL APOLO?

a los anticuados U-2 de la década 50-60, y los satélites de reconocimiento fotográfico y electrónico, dirigidos por la Oficina Nacional de Reconocimiento (NRO), dependiente del secretario para las Fuerzas Aéreas, que en muchos casos sustituyen a los aviones antes citados, son algunos de entre los muchos y

demuestran ser casi completamente inútiles".

A las Fuerzas Aéreas hay que sumar, con idéntico planteamiento, las Fuerzas de la Marina, por medio de buques espías y submarinos, equipados con máquinas criptológicas, detectores electrónicos, radares y cámaras fotográficas.

Doménech Font

variados ejemplos de esta moderna técnica al servicio de la información secreta. Con ellos, los vuelos de aviones sin piloto continúan, a pesar de su disminución progresiva, estando patrocinados por el Pentágono, a pesar de su escaso servicio. Victor Marchetti señala, no sin cierta zozobra, que "esos vuelos continuaron aun después de que los chinos empezaron a derribar de forma sistemática, con una regularidad francamente molesta, estos aparatos, que, por otra parte,

cas. El mismo Marchetti señala en su libro *La CIA y el culto del espionaje* (escrito en colaboración con John D. Marks y recientemente editado en España por Euros) que hasta finales de los años 60, la Marina de los Estados Unidos enviaba diversos buques de superficie, como el "Liberty" y el "Pueblo", a realizar misiones de espionaje, misiones que, según el autor, "han sido prácticamente suprimidas desde el ataque que sufriría el primer buque-espía y la

captura del segundo a finales de la pasada década". Por las dos citas señaladas se comprenderá que estamos ante un liberal sumamente optimista, que en tanto que miembro liberado de la CIA no cree en su forma actual de intromisión, pero respeta la indudable fe de sus compatriotas todavía no liberados. Con sólo haber anotado sus personales declaraciones en el momento de presentar el libro en Madrid y Barcelona, se comprenderán los numerosos guiños de complicidad que su libro encierra en relación a su antigua familia, la Central Intelligence Agency, y el "sí, pero..." con que resuelve muchos de sus compromisos (pese a tratarse del primer libro censurado en los Estados Unidos, según reza la alquimia publicitaria).

Ciertamente, el asunto de los buques-espías puestos en circulación por la CIA y el Departamento de Estado no arrastraría, pese a sus éxitos parciales, un saldo demasiado positivo. En los

historiales de la Central sacados a la luz pública se recuerda que dos de los más importantes buques del espionaje americano —no son los únicos, al contrario de lo que pueden asegurar ex agentes arrepentidos— acarrearon con sus fallos incontrolados sendos conflictos diplomáticos. Así, el buque "Liberty" sería atacado por error por unas lanchas torpederas israelíes (a consecuencia de ello fallecieron 34 espias norteamericanos) mientras seguía de cerca los acontecimientos bélicos de la Guerra de los Seis Días, de resultados de lo cual a punto estuvo el Estado Mayor norteamericano —lo que no hubiera dejado de tener su gracia— de lanzar un rápido ataque aéreo como represalia contra la base naval israelí responsable del torpedeo. Dos años después, en 1969, el buque-espía "Pueblo" era capturado por patrulleros norcoreanos, originando un gran escándalo internacional.

De hecho, preciso es constatar que las misiones aéreas y navales que violan la integridad territorial de un país extranjero para cubrir el servicio de espionaje e información americano han conseguido, pese a sus cuantiosos adelantos técnicos, fracasos estrepitosos. Ahí está el incidente del golfo de Tonkin, en el que dos destructores norteamericanos en misiones clandestinas de espionaje eran descubiertos y torpedeados por lanchas norvietnamitas. O el famoso derribo del avión-espía U-2 (que empezaría a operar en 1956, sobrevolando territorios de la URSS, China, Cuba y Corea, en busca de emplazamientos de misiles e instalaciones militares) por los rusos en 1959 (con la captura de su piloto, Francis Gary Powers), que haría naufragar la cumbre Kruschchev-Eisenhower en mayo de 1960. O, en fin, el derribo del avión EC-121 en 1971 frente a las costas de Corea del Norte. Pero con todo, experiencias posteriores han demostrado que estas derrotas o errores por parte del profesorado de la CIA no eran suficientes para bloquear un sistema de espionaje que, aun dejando mucho que desear, estaba siendo constantemente justificado por el Pentágono.

Por los que se refiere al servicio de espionaje naval caben pocas dudas (aun formando parte del secreto militar) sobre la ligereza y futilidad de las declaraciones de Marchetti. Sólo hace falta leer diariamente en los periódicos los lloriqueos y crujiros de dientes de la OTAN —organización que, según el propio Marchetti, ha colaborado y colabora en muchas ocasiones con la CIA— ante los sucesos políticos que amenazan su estrategia global en el Mediterráneo. Pese a las seguridades de Marchetti, resulta bastante difícil imaginarse que todos los barcos anclados en puer-

tos "aliados" estén solamente de paso para repostar combustible, o para realizar maniobras navales totalmente ajenas al servicio de espionaje.

Se ignoran las razones por las que los autores del libro censurado omiten el caso del "Apolo", barco que desde 1968 ondea los puertos mediterráneos, desplazándose por escalas desde África del Norte al canal de la Mancha. En 1975, todavía ningún ex agente de la CIA ha podido concretar que el "Apolo" sea un barco de superficie al servicio del espionaje secreto, pero no parece una simple casualidad el hecho de que hasta el momento los Gobiernos de Londres, París y Lisboa hayan prohibido el acceso del navío a sus muelles, decisión que forzosamente ha de fundamentarse en un cierto número de seguridades sobre la actividad real de este navío, que los periódicos franceses y portugueses han denunciado constantemente como perteneciente a la CIA.

Propiedad de una sociedad californiana constituida en 1968, la Operation and Transport Corporation Ltd. (OTC), el "Apolo", de más

de cien metros de largo y un peso superior a las tres mil toneladas, ondea pabellón panameño. Tras unas escalas en Grecia, Sicilia y Turquía durante 1970, comienza a partir de 1971 a frecuentar las aguas portuguesas, hasta que a principios de 1974, con el total beneplácito de Caetano, toma Lisboa como base fija. Durante estos tres últimos años, la sociedad californiana, especializada en empresas, ha podido fundar en Funchal (isla de Madera) una filial de la OTC, la Cindustria Cunsultares Industrias. Su tarea fundamental: Ayudar a mejorar la gestión de las empresas y formar nuevos cuadros técnicos para la industria.

Tras el 25 de abril y la consiguiente caída del régimen fascista portugués, se suceden las manifestaciones populares y antiamericanas por lo que se considera un total coloniaje por parte del guardián yanqui. Las paredes de la villa de Setúbal se cubren de una terminante y segura inscripción: "El 'Apolo' es de la CIA". Y a pesar de que el personal del barco intenta borrar todo tipo de pintadas mientras su comandante, William Robertson, y

demás mandos procuran desmentir tal pertenencia, las anteriores decisiones de los Gobiernos francés e inglés ponen en tela de juicio la naturaleza del "Apolo". Las nuevas autoridades portuguesas toman cartas en el asunto, y tras una serie de conversaciones, obligan al personal del barco a abandonar Portugal. A partir de entonces el "Apolo" toma dirección hacia España, y tras unas escalas en los puertos de Vigo y La Coruña, se instala de nuevo en la base de Funchal. En octubre del pasado año, tras el fracasado golpe de Estado de la "mayoría silenciosa" spinolista, las organizaciones izquierdistas de la isla organizan una inmensa manifestación en contra de la permanencia del barco, y de nuevo el "Apolo" es obligado a partir, no sin antes cerrar los despachos de la filial de la OTC, la Cindustria.

La opinión más extendida es que estamos ante una especie de multinacional itinerante del espionaje. Según declaraciones de la propia empresa, la OTC recoge su clientela "entre todas las empresas que pagan una cuota fija por el trabajo de expertos y consejeros", así como "entre los Gobiernos e incluso las Fuerzas Armadas", y su trabajo esencial, aparte de la colaboración técnica, es el de "encargarse de la seguridad tanto de las sociedades comerciales como de los Gobiernos y personas privadas". Según parece, investigaciones diversas establecidas desde Portugal y Francia no han conseguido dar con el paradero de los supuestos dirigentes oficiales de esta sociedad, Joyce Popham, Barry Nelson y Brian Alexander Livingstone. El periódico francés "Liberation", en su edición del 26 de diciembre de 1974, daba fe de unas declaraciones de un alto oficial portugués, por las que se aseguraba, con escásimo margen de error, que el barco estaba ligado directa o indirectamente a la CIA, "formando una multinacional itinerante, un palacio flotante del espionaje y la intoxicación". Asimismo, a finales de este verano, Milfred Burchett echaba mano de la prensa portuguesa para asegurar que "el 'Apolo' era el cuartel de la CIA para Europa del Sur", y su presencia en Portugal estaba ligada "a una campaña de sabotaje económico que la ITT y la CIA preparaban contra el nuevo Régimen portugués". ("L'art de 'destabiliser' un gouvernement", "Le Monde Diplomatique", número 247, octubre, 1974). No estará de más recordar a la vista de estos datos de Burchett, la participación de la CIA y la ITT, "fifty-fifty", en los trágicos sucesos de Chile, con el derrocamiento de Allende, así como la curiosa llegada al hotel Sheraton, de Lisboa —propiedad de la multinacional ▶

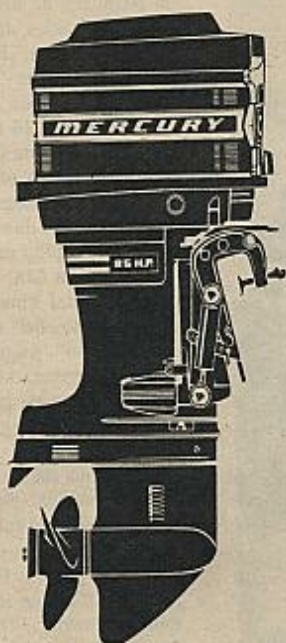


La tripulación del "Apolo" participa en el carnaval tinerfeño.

MERCURY 850

FUERA BORDA

para esquiar
como ud. realmente desea



Si es usted de los que disfrutan exigiendo al máximo sobre esquís, ponga una cuerda entre usted y un Mercury... y déjese arrastrar por un incontenible torrente de potencia.

Un Mercury fuera-borda será su mejor garantía para practicar el esquí acuático con todo el brío y la emoción que usted le exige. Con potencia asegurada desde el primer instante por el arranque seguro de los Mercury, y beneficiándose en todo momento de las ventajas de un motor líder indiscutible en propulsión marina.

Decídase por Mercury, el fuera-borda "responsable" en

calidad y en servicio, con una perfecta Red de Agentes para atender al motor y sus repuestos, prepararlo para invernaje, almacenarlo junto con su embarcación, o transportar ambos donde usted desee. Hay 25 modelos Mercury, en 10 potencias diferentes entre 150 H. P. y 4,5 H. P., para que usted haga lo que realmente desea. Vea a su Distribuidor Mercury.

La nueva Gama 75 de Motores Mercury, manteniendo su potencia consumen menos combustible.

TOURON

Castelló, 23 - Tels. 225 68 98 - 275 17 15 - Madrid-1



MERCCRUISER
DENTRO-FUERA BORDA

EL «APOLO»

ITT—, del subdirector general de la CIA, Wernon Walters, con un equipo de cuatro especialistas del Departamento de Estado, en agosto pasado.

Pero en opinión de sus responsables, la OTC es "una organización absolutamente apolítica que no tiene relación alguna con el Gobierno americano", y el buque "Apolo", una "Universidad flotante que señala los males de otras muchas organizaciones comerciales". Para ello necesita, según parece, más de trescientas personas, que son las que componen el equipaje, cuando cuarenta serían suficientes, según los expertos portugueses, para que el barco navegara. En el trabajo antes citado del periódico independiente "Liberation" se reproducía el testimonio del periodista del "Diario Popular" Silva Moura, invitado personalmente por el comandante del "Apolo" a una visita interior cuando todavía estaba anclado en puerto portugués. "El 'Apolo' posee instalaciones ultramodernas —citaba el periodista—; particularmente me he quedado atónito ante su servicio de telecomunicaciones. Una docena de telescriptores funcionaba las veinticuatro horas del día, codificando todos los mensajes para ser enviados a la sede de la organización en los Estados Unidos. En un inmenso corredor, la sala de archivos, constituida por

una larga serie de ficheros blindados. (...) Naturalmente, yo he preguntado para qué servía todo esto, a lo cual los dirigentes de la OTC me han respondido: 'Los telex servían para enviar nuestros mensajes a los Estados Unidos, donde son clasificados todos los datos sobre las industrias y las organizaciones para las que trabajamos... El personal del barco es en su globalidad técnico en gestión y relaciones públicas; tenemos americanos, pero también mejicanos, italianos, argentinos, alemanes y españoles. Por lo que se refiere a nuestros archivos, disponemos de cofres cerrados para conservar todos los documentos confidenciales que nos llegan con mínimo de garantías'. (...) Por supuesto, ellos no han querido darme el nombre de las empresas por las que trabajan. Y al preguntarles quién pagaba todo esto, los expertos de la OTC me han respondido que un barco de este tipo, con trescientas personas a bordo, costaba mucho menos que la compra de unos despachos en el centro de Nueva York...".

Con todos estos datos, es más que probable que ex agentes como Marchetti puedan suministrarnos otro "best-seller", en el que tal vez se nos informe cuántos barcos ambulantes corren por el mundo y dónde se encuentra realmente en la actualidad el "Apolo", la Universidad flotante de la CIA. ■ D. F.

OTC LTD



Siglas de la Operation and Transport Corporation, Ltd., compañía californiana propietaria del Apolo, que ofrece sus servicios "en cinco continentes".

CENTRALES NUCLEARES

URGE EL DEBATE PUBLICO

El gran debate público abierto estos días en Francia sobre la instalación de centrales nucleares en su territorio presenta para nosotros indudable interés. No olvidemos que fue precisamente Electricité de France quien construyó la central de Vandellós, la primera central puesta en servicio en España, y que los proyectos españoles de utilización de la energía nuclear para fines energéticos, en sustitución de los combustibles fósiles, son en amplia medida tributarios (por obvias razones de dependencia económica y tecnológica) de los "modelos" francés y norteamericano.

El plan francés (Plan Messmer) prevé la puesta en servicio en los próximos años de cuarenta a cincuenta reactores nucleares. De este modo, en 1985 el 25 por 100 del aprovisionamiento energético del país sería de origen nuclear, pasando el del petróleo del 66 por 100 actual a sólo el 40 por 100.

Este programa nuclear, puesto rápidamente en marcha ante la crisis del petróleo, ha suscitado ya y está suscitando en Francia numerosas críticas procedentes de amplios sectores de la población y muy en particular de la comunidad científica. Hace pocos días, por ejemplo, cuatrocientos científicos franceses hicieron público un manifiesto advirtiendo de los riesgos que pueden ocasionar las centrales nucleares e invitando a la población a manifestar una total oposición a tales proyectos. Hasta el presente, dicho manifiesto, que nació a iniciativa de los físicos del nada contestatario Collège de France, ha recogido más de 1.000 firmas de investigadores y técnicos, entre los que cabe destacar las de 420 físicos nucleares. Por otra parte, la Federación Francesa de Sociedades de Protección de la Naturaleza espera reunir en pocos días más de un millón de firmas. De igual modo, sindicatos y partidos políticos se han lanzado también en la polémica acerca de las centrales nucleares, y a justo título, ya que la decisión del Gobierno francés de llevar adelante el programa nuclear es una decisión estrictamente política, aunque quiera ser presentada con argumentos de orden científico y tecnológico.

Son precisamente los científicos y técnicos no vinculados a los monopolios y trabajando en centros de investigación del Estado, en los que gozan de relativa autonomía, quienes han señalado las razones de orden científico y tecnológico que desaconsejan la instalación masiva, tanto en Francia como en cualquier otro país, de centrales nucleares.

En primer lugar, existen los riesgos ligados a la seguridad de las centrales nucleares. En los Estados Unidos, país que figura en vanguardia de dicha tecnología, se han producido ya numerosos accidentes, algunos de ellos muy graves y con pérdidas humanas. En segundo lugar, hay que señalar los efectos de la alteración del equilibrio ecológico, debido a la polución térmica de las aguas y de la atmósfera. No olvidemos que las centrales nucleares sólo transforman en electricidad una tercera parte del calor que producen; las dos terceras partes restantes se convierten en calorías que van a parar al agua de los ríos o del mar y a la atmósfera. Ello puede suponer un aumento de siete a diez grados centígrados de la temperatura de las aguas de un río, que, de ser de régimen mediterráneo, tiene grandes posibilidades de convertirse casi en subtropical, alterando totalmente el equilibrio ecológico y siendo, además, un peligro para la salud pública, al ser superior en las aguas cálidas el poder patógeno de bacterias y virus.

En medios oficiales franceses no se oculta que la decisión de construir aceleradamente durante los próximos años numerosas centrales nucleares es una respuesta a las naciones del Tercer Mundo, que luchan por el control de sus recursos naturales energéticos. Aquí radica el fondo de un problema que pone de relieve, al mismo tiempo, la incapacidad e irracionalidad de un modelo de crecimiento económico que adopta una política energética prescindiendo de los peligros de todo orden que puede acarrear su puesta en práctica para la población, política que, por otra parte, cierra las puertas a investigaciones sobre las posibilidades de utilización de otras fuentes de energía (marina, solar, etcétera), y que, además, situará a Francia en situación de dependencia en relación a los Estados Unidos en lo que respecta al uranio enriquecido necesario para el funcionamiento de las centrales.

En España, en donde se ha adoptado también un ambicioso y desproporcionado plan de construcción de centrales nucleares, calcado del modelo francés y norteamericano, debería también ampliarse aún más el ya iniciado debate acerca de dichos proyectos energéticos. El escaso caudal de la mayoría de nuestros ríos, la dependencia de los Estados Unidos en relación al uranio enriquecido, la escasa o nula información pública de los proyectos en curso, reclaman un debate abierto en el que deberían intervenir todos los ciudadanos, y ante el que tiene planteado particular responsabilidad nuestra comunidad científica. ■ JOAN SENENT-JOSA.